

JORNADA DE EXPERTOS: LA REFORMA LABORAL Y POLITICAS DE EMPLEO

Miguel Córdoba.

Profesor de Economía Financiera. Universidad CEU-San Pablo.

La ponencia planteada por el Sr. Martínez Falero toma como premisa un modelo decisional aplicado en el año 2006, en el que se parte de que los trabajadores pueden expresar sus preferencias en relación con los empleos que les gustaría desempeñar, y en base a su trayectoria profesional previa y su nivel de formación profesional y/o académica.

El modelo como tal, puede ser interesante desde el punto de vista teórico, e incluso podría ser llevado a la práctica si las condiciones económicas y laborales existentes en el año 2006, se dieran en la actualidad. Pero desgraciadamente, desde el año 2006 han cambiado mucho las cosas. Las premisas en que se basa el modelo comentado no se dan. Los trabajadores no intentan optimizar su carrera profesional, sino que se limitan a tratar de conseguir cualquier trabajo con el que poder mantenerse. Muchos de ellos han aceptado disminución de salarios o empeoramiento de sus condiciones laborales para mantener un empleo, al que se asen como a un clavo ardiendo.

El planteamiento realizado es bueno técnicamente hablando. Los postulados en los que se basa, a partir de los trabajos de Kenneth Arrow y de Amartya Sen, están perfectamente contrastados, y se puede conseguir establecer un modelo profesional sobre la base de la Teoría de la Elección Social. Las correlaciones a las que se hace referencia también pueden ayudar a identificar la mejor "ruta profesional" para un demandante de empleo. Si embargo, no podemos ignorar la situación real actual del mercado de trabajo, en la cual:

- Durante muchos años, **los españoles han desechado muchos empleos** porque no les gustaban, porque eran trabajos "sucios" para los que su "elevada cualificación" no estaba hecha. Ello ha traído la inmigración de casi cinco millones de personas con ganas de trabajar y para los que esos trabajos no eran "sucios". Incluso, para un trabajo como recoger peras en Lérida, este mismo año, los empresarios agricultores de esa provincia han tenido que contratar expresamente a 700 colombianos, ya que sólo el 18% de la oferta de trabajo ha sido cubierta en España.
- La situación económica actual hace que una gran parte del empresariado español no se plantee emprender negocios o desarrollar los que ya tienen. **No hay confianza** a corto plazo ni en la posible recuperación económica, ni en que tengamos la clase política adecuada para sacarnos del marasmo de la actual crisis. Ello genera una ausencia de oferta de trabajo que no puede ser compatible con la posible elección de los trabajadores de una "ruta profesional".
- Durante décadas se ha ido incrementando el acceso de los jóvenes a la **formación universitaria en detrimento de la formación profesional**, con el resultado de que tenemos una generación formada en exceso para la oferta de trabajo real que hay. En una estadística de hace algún tiempo, se indicaba que en España casi la mitad de los jóvenes entre 18 y 25 años estudiaba en la Universidad. España no necesita millones de

universitarios, lo que se necesita son técnicos de grado medio y trabajadores bien formados. Algo tendría que cambiar en la mentalidad de los españoles para que dejaran de considerar a la Universidad y al subsiguiente master como algo ineludible para sus hijos. No tiene mucho sentido que en Madrid haya en estos momentos trece universidades, lo cual creo que no tiene ni Nueva York. El resultado es que los españoles se plantan a los 25 años sin experiencia laboral en la mayoría de los casos y con ínfulas de “ser jefe, porque para eso he estudiado”. Hay que cambiar esta mentalidad.

- Es preciso regular el **ejército de becarios** que ahora mismo pululan por las empresas como mano de obra hiperbarata, y que acuden a las entidades con contratos en prácticas de 200 o 300 euros al mes y con jornadas de doce horas. Es el salario de la desesperación, de tratar de conseguir entrar en algún sitio. Y la mayoría de los que son contratados como becarios, son despedidos a la finalización del contrato, para ser sustituidos por nuevos becarios de la siguiente promoción. Una parte del empleo real en las empresas está siendo sustituido por becarios. La legislación tendría que evitar esta situación, prohibiendo la renovación permanente de becarios en las empresas.
- La **clase empresarial española** deja mucho que desear en materia de emprender nuevos negocios y de generar empleo estable y de calidad. Una buena parte de los que se llaman a sí mismos empresarios, no son otra cosa que oportunistas que saben donde comprar por diez y donde vender por quince, pero no generan ningún valor añadido salvo para sus bolsillos. El paso de los fenicios por España hace dos mil quinientos años dejó su poso, y es muy habitual ver a personas que compran productos en el Sudeste asiático en países donde la gente trabaja por un cuenco de arroz, los traen a España y luego los venden a cadenas de distribución, con las que previamente ya habían cerrado la venta a un precio muy superior. Por otro lado, hay empresarios que como allí la mano de obra es muy barata, han optado por la deslocalización, y directamente cierran sus plantas de producción en España y se las llevan a países como Vietnam, Malasia o China, para luego traer el producto ya elaborado y venderlo. Ello evidentemente genera una situación muy negativa para el empleo estable en España.

Como vemos, la situación no es muy halagüeña, y en este contexto, se ha promulgado una reforma laboral que en vez de atacar los problemas antes señalados, se centra en abaratar el despido y reconocer determinadas situaciones de flexibilización de la negociación colectiva. En suma, no se ha atacado el nudo gordiano del problema. Simplemente, se ha “pellizcado” sobre la superficie del problema. Bien es cierto que el modelo laboral español adolece de una rigidez histórica que viene desde la época franquista y a la que se aferran los sindicatos para mantener lo que llaman los “derechos históricos” de los trabajadores. Pero en estos momentos, no se trata de ponerle precio al despido, sino de tratar de que se contrate; no podemos pensar en la extinción de contratos, sino en la generación de los mismos. No podemos asumir que cuando un empresario vaya a contratar a un empleado que necesita para cubrir una determinada función, esté ya esté pensando en cuando y por cuanto lo va a despedir (salvo en el caso de los becarios antes comentado).

En general, cualquier política de empleo debe atacar el problema de la ausencia de incentivos en los empresarios para acometer nuevos proyectos empresariales. Hay que insuflar confianza tanto a los empresarios como a los parados que se plantean trabajar como autónomos, ante la ausencia de oferta de trabajo por cuenta ajena. Y es en este punto donde vuelve a aparecer la **problemática del sistema bancario**. No se dan préstamos y no se asumen riesgos por parte de los bancos. Del último programa de financiación del ICO para el año 2010, de 3.000 millones ofertados, sólo se han utilizado 60. Si no se hace llegar el dinero a los proyectos es imposible que estos se desarrollen.

No se pueden utilizar criterios estrictos bancarios para estas situaciones, porque si se les pide avales o patrimonio afectado para otorgar préstamos, la mayor parte de las iniciativas de autónomos se bloquearán, y en cuanto a las empresas, están tan endeudadas que los bancos no quieren incrementar los préstamos.

Seamos realistas, los bancos no darán nuevos préstamos porque tienen demasiada mora y las empresas que piden los préstamos no son muy solventes, y de hecho, piden préstamos para “aguantar”, no para nuevas inversiones con la consecuente creación de empleo.

Vivimos una crisis de consumo sin precedentes, con tasas de ahorro que llegan al 18% de la renta disponible. Las personas se han guarecido en sus hogares y tratan de consumir lo menos posible; ello supone disminución de las ventas para las empresas, caída de producción, cierre de puntos de venta y disminución del empleo. Esta espiral recesionista sólo se puede combatir con dos cosas: generación de confianza e intervención temporal del Estado para invertir el sentido de la espiral.

La **generación de confianza** dependerá de los políticos que dirijan el país, y en estos momentos, no están en su mejor momento, por lo que sólo nos quedaría la **intervención temporal del Estado** como motor del desarrollo, con un objetivo muy claro, la privatización total de todas sus iniciativas una vez que la crisis haya desaparecido. Es bien sabido que este tipo de intervención es anatema para los economistas liberales, pero es que si no lo hace el Estado, no lo va a hacer la iniciativa privada, que se encuentra en los cuarteles de invierno y sin ganas de salir.

Repsol, Telefónica o Endesa son grandes empresas españolas de capital privado hoy en día, que dan trabajo estable a centenares de miles de trabajadores, pero no podemos olvidar su origen público. Si el Estado no las hubiera creado en una época de grandes tribulaciones para España, hoy probablemente no existirían, y habrían sido sustituidas por sucursales de empresas extranjeras. España tiene que realizar un ambicioso **plan de inversiones públicas** (no de gasto público como el tristemente famoso Plan “E”), en las cuales acometa las necesidades de infraestructuras que todavía tenemos en España, así como otras actividades en las que no esté presente el sector privado y que puedan ser interesantes, incluida la **creación de un banco público sobre la base del inoperante ICO**. Si algo nos ha enseñado esta crisis es que sin inyectar dinero en la Economía, esta se muere, o vaga moribunda como le pasa ahora a la nuestra. Si los bancos privados no quieren o no pueden dar préstamos, están en su derecho, pero el Estado debe tener un instrumento financiero para sustituir la actividad bancaria cuando esta no existe, y lógicamente cuando esta actividad vuelva a desarrollarse, desactivar el banco público que ya ha dejado de ser necesario. No se trata de competir con el sector privado, sino de complementarlo cuando sea necesario.

Seamos realistas, el sistema económico español está apalancado financieramente, con una deuda global próxima al 300% del PIB. Eso no va a cambiar de la noche a la mañana. Los bancos españoles y sobre todo las cajas de ahorros, no pueden dar más préstamos porque sencillamente no tienen dinero para hacerlo. Dependen demasiado del Banco Central Europeo para seguir entablillando sus balances, en los que hay bastante más inversión que depósitos.

Si la deuda de las familias y empresas está en límites históricos y desconocidos hasta ahora, no va a disminuir en los próximos años, con lo que la capacidad de endeudamiento de familias y empresas es prácticamente nula. Si no se tiene dinero, no se puede invertir, y si no se invierte no puede haber crecimiento.

Para los que siempre buscan símiles históricos, y que ya mejorará esto, que siempre ha habido crisis y se ha salido de ellas (¿con la “mano invisible”?), hay que decirles que nunca antes en la historia de nuestro país ha habido una crisis del sistema bancario combinada con un volumen desaforado de deuda, tanto pública como privada, y con un desempleo galopante. Nunca antes, ha habido una globalización total de la Economía mundial, con un proceso cada vez mayor de deslocalización de las empresas. Por último, nunca antes habíamos tenido el euro, que nos impide utilizar la política monetaria como herramienta para actuar contra la crisis. Esta crisis es nueva, y cuando no hay antecedentes, no se pueden buscar símiles en las soluciones que se dieron en su momento, sino que hay que actuar buscando nuevas soluciones que se adapten a la situación actual.

Otros países están creciendo, con dificultad, pero creciendo, y no tienen tasas de paro como la española (Estados Unidos, por ejemplo, ha lanzado un gran plan de inversión pública en infraestructuras para generar empleo). Si seguimos así, es decir, sin hacer nada, es muy posible que los cinco millones de parados que ahora tenemos se conviertan en parados de larga duración y supongan un coste imposible para las arcas públicas, amén del coste social que ello supone.

La reforma laboral va a resultar inoperante, y dentro de un año seguiremos teniendo al menos el mismo número de parados, con un incremento de crispación y de desencanto con la clase política. Es preciso cambiar radicalmente el modelo. Se necesita dinero para mover la economía, y se necesitan iniciativas de desarrollo que si no son privadas, deberán ser públicas. Cualquier otro planteamiento supondrá vivir la que probablemente sea la peor recesión de la historia de España.